

Club literario en la diáspora

Roma y Grecia, así como sus conocidos autores clásicos, protagonizan interesantes lecturas para este caluroso mes de agosto

Los optimates, los que se llamaban a sí mismos los mejores, forman parte central del último libro publicado por Santiago Posteguillo. El estilo particular del escritor valenciano se plasma en todos y cada uno de los capítulos de un libro, prelude de trilogía, que se lee como los de antes, disfrutando la suma inteligente de palabras, frases, párrafos y páginas con seña propia de un autor. En este caso, además de deleitar con su prosa, nos ayuda a conocer el poder de la República romana tardía. César, el gran Julio César, protagonista absoluto de la obra, se opuso a los optimates como lo hacían los grandes clásicos, demostrando la importancia del destino y el honor en la historia antigua.

El segundo elemento con el que juega Posteguillo es el tiempo. Su contraposición al mundo actual tan apresurado, estresante y cortoplacista, choca con la realidad romana en la que el tiempo se medía únicamente por las hazañas que cónsules, censores, tribunos y senadores eran capaces de alcanzar durante el tiempo de su mandato. Hasta la venganza, como bien señala Posteguillo, no es una cuestión de prisa. Requiere planificación y espacio para analizar las opciones del rival. Esperar al momento exacto, aquel en el que basta con acabar de un tajo con la vida del oponente. Ni un segundo antes, ni un segundo después.

La venganza salpica todas las tragedias romanas y está presente en cada instante del texto. De Escipión a Catón, de Sila a Mario o de Julio César a Pompeyo sus efectos se extienden siempre por las escalinatas del senado o el Campo de Marte. La fama, el prestigio o lo que hoy en día llamamos reputación, se contraponen a este sentimiento. De la lectura de Posteguillo aparecen tres cla-

ros objetivos de las élites romanas: la importancia del éxito o la victoria frente a la inacción, la renuncia a la derrota y la superioridad del Estado frente al individuo, sea este patricio o plebeyo.

Roma soy yo, nos ofrece una aproximación diferente a Julio César. Centrado en sus primeros años de vida y su lucha legal contra el corrupto gobernador Dolabela, la impronta y estilo de Posteguillo se traslada del mundo de la épica castrense a la judicial. Si en su trilogía sobre Escipión disfrutábamos a ritmo de gladio, pilum o cohorte, en Roma soy yo, su narrativa y detallismo se traslada al de las cognitio Extra Ordinem, las legios acciones o la litis contestatio.

Aquellos ávidos y maduros lectores que aun recuerden el derecho romano de sus duros años en la Universidad se reencontrarán de nuevo con todos estos términos, que irán adornando cada página del libro, con, por supuesto, su correspondiente explicación del catedrático que ha vuelto a enamorarnos con los clásicos.

El estilo de Posteguillo es único, y en esto, Roma soy yo, no traiciona a sus adeptos. Es complejo describir su lógica narrativa. El lector debe estar dispuesto a dejarse engañar cada vez que una de las tramas de la obra se desnuda ante él. Este valenciano tiene la rara habilidad de dejarnos en el momento cumbre de la lectura para trasladarnos a continuación a otro instante más pausado sin que, y este es su gran mérito, no perdamos en ningún momento la paciencia y nos embarquemos en otra aventura menos intensa, pero igualmente necesaria. El resultado es una obra equilibrada que atrae para ser leída sin piedad, brillante, explosiva y, en muchos casos, adictiva ante un mundo tan lejano como presente aun en nues-

tros días.

Es justo en esos momentos de reencontro entre pasado y presente cuando emerge el sentimiento de la desafección política, de la corrupción y las corruptelas, de la aniquilación del rival dialéctico y de la mezquindad humana. Los optimates se imponen frente a sus rivales populares. Para ellos el gobierno debe ser el de los mejores y por lo tanto solo los más preparados, los más fuertes pueden acceder a él. Sólo ellos, sólo los optimates, tienen el derecho y no tanto la obligación de defender y estar al frente de la República. Poco hemos cambiado. Entre campaña y campaña electoral, el gobierno de los mejores se impone como la panacea perfecta ante los más nimios de los problemas o los escándalos más mediáticos que pueblan portadas y portadillas.

Siempre nos quedará Cayo Mario para devolver la esperanza a la razón y clamar al viento para echar en cara a los gobernantes que, cegados de su ambición personal, no les importe lo más mínimo las consecuencias que sus decisiones puedan tener en la población. En su repaso por la idiosincrasia romana queda, como no podía ser de otra manera, espacio para los griegos. Aristóteles nos socorrerá en algún momento del libro para recordarnos que el auténtico gobernante es el que está dispuesto a actuar siempre movido por motivos universales.

Hay espacio también para otro de los fenómenos de la política del siglo XXI: los populismos. De ellos se advierte que pueden tornarse en el máximo peligro de la democracia. Solo los espíritus nobles pueden luchar contra ellos para derrocar las dictaduras. En palabras del autor, estas caen "de golpe y con cara de sorpresa en la faz del dictador, como si no terminara de creer lo que estaba ocurriendo". Es esta la desconexión final entre ese estilo de liderazgo y la realidad como pudimos ver con Sadam, Gadafi o Ceaucescu.

El miedo, ese arma tan letal, siempre es aliado de los malos gobernantes, de los que están al frente de un pueblo hastiado del gobierno de los que siempre se llaman a sí mismos mejores. La historia rima y lo hace en versos cada vez más parecidos, casi idénticos, aunque sean 2.122 años después.

No me acuerdo de nada



Bárbara Ruiz



No me acuerdo de nada

Nora Ephron

Editorial Asteroide,

176 páginas
Año 2022

Puede que Nora Ephron vaya a pasar a la historia, o, al menos, a la superficie de la historia, por ser la guionista que escribió la escena en la que una mujer llamada Sally finge con total maestría un orgasmo en una mesa del mítico Katz's Delicatessen en Manhattan mientras habla con un hombre llamado Harry. Aquel diálogo que inmortalizaron Meg Ryan y Billy Cristal en la deliciosa "Cuando Harry encontró a Sally", estrenada en 1989, lo ideó la autora del libro "No me acuerdo de nada", recién editado por Libros del Asteroide diez años después de su fallecimiento.

Aquella película forma parte ya de la cultura popular y añade argumentos a los nostálgicos de los ochenta, los que afirman, afirmamos orgullosos, -conscientes, eso sí, de que idealizamos el pasado- que ya no se hacen películas como aquellas. La escritora y guionista Nora Ephron creó los diálogos de algunas de ellas, como "Se acabó el pastel" o las ya noventeras "Tienes un email" o "Algo para recordar", largometrajes ambos que también dirigió, fueron éxitos de taquilla y le dieron alegrías en forma de premios.

Dice la contraportada de la edición de

este librito que recoge una veintena de sus artículos, que Nora Ephron es un género literario en sí misma. Excelente descripción porque quien haya leído algún texto de la autora reconocerá su estilo en cuanto se cruce de nuevo con alguna de sus reflexiones. Que son mordaces, ingeniosas, cómicas y diseccionan la realidad de la vida moderna, en ocasiones tan absurda, siempre desde la sanísima posición que es reírse de uno mismo. También de los demás, por supuesto, pero siempre después de haberse carcajeado de ella misma y de sus contradicciones, que son las de todos.

La de Nora Ephron es una mirada femenina defensora de la libertad y de la independencia de las mujeres, pero no es una más de las que hoy se suman de manera oportunista a esta tendencia del sector editorial de publicar libros sobre mujeres, para las mujeres y escritos por mujeres que se reivindican constantemente y en ocasiones de forma agresiva. No, porque Nora Ephron hizo esto durante toda su vida, que arrancó en 1941 y se apagó en 2012 por una leucemia. Ella nunca quiso dar lecciones a nadie, pero sí retrató las preocupaciones y obse-

siones de las mujeres cuando no estaba, como ahora, de moda. Y lo hizo siempre de forma brillante y tirando de un hilo autobiográfico que en el fondo es universal porque la clave del secreto de esta neoyorquina es que cuando la leemos nos sentimos reconocidas y por lo tanto, aliviadas, consoladas. El ingenio de Nora aligera las cargas cotidianas.

En "No me acuerdo de nada", ella escribe ya desde la setentena. De hecho, el libro se publicó tan sólo dos años antes de su muerte. Por eso, estos artículos crepusculares, destilan una amargura contenida que no poseían sus escritos de las décadas anteriores. Y, sin embargo, su forma de narrar es siempre divertida, cómicamente lúcida, lo mismo cuando habla de todo lo que ha olvidado al llegar a cierta edad, que cuando recuerda sus primeros pasos en el periodismo, sus consejos sobre cómo sobrevivir a un divorcio o se enreda en su relación de amor-odio con su correo electrónico. Ella asistió con ingenuo y feliz asombro al nacimiento del intercambio epistolar a través de internet y acabó detestando esta forma de comunicarnos que nos facilita tanto la vida

como nos la esclaviza, enganchándonos a la droga de la bandeja de entrada. Es una verdadera lástima que nos hayamos quedado sin sus ingeniosas reflexiones sobre el Whatsapp, al que tanto juego habría sacado.

Según el escritor Javier Aznar, Nora Ephron es la clase de persona que te gustaría que te tocara al lado en una cena. Ya saben. Esa clase de personalidad interesante, atractiva, excelente contadora de anécdotas porque dramatiza lo frívolo y hace ligero lo doloroso. Y es una fuente de sorpresas, porque, a poco que investigues sobre su vida, descubres, por ejemplo, que estuvo casada con uno de los periodistas que desvelaron el Watergate, Carl Bernstein. Cuentan las malas lenguas que ella sabía quién era el mítico Garganta Profunda y que, tras el complicado divorcio, se dedicó a desvelar su identidad, el nombre y los apellidos del filtrador, a quien se lo preguntara.

Como ya no vamos a poder tenerla de compañera de mesa en una cena, dediquémonos a leerla y, ya de paso, a pedir que se publiquen más títulos suyos en nuestro país, porque cuesta mucho encontrarlos.